

Veinte años de reinado

Cualquiera que se acerque a la persona y a la trayectoria de D. Juan Carlos I sabe que en ambas hay evidentes características de excepcionalidad. No es nada habitual que en la Europa del siglo XX se produzca una Restauración monárquica; menos aún lo resulta que se lleve a cabo saltando el orden dinástico y todavía constituye una mayor rareza que esto último tenga lugar en contra de la voluntad de los miembros de la familia real. Pero la excepcionalidad no radica tan sólo en los acontecimientos que han rodeado la vida del Rey, sino en su propia persona. En él, por debajo de su cordialidad, existe una densidad humana fuera de lo corriente que nace de hasta qué punto gravita sobre él un pasado familiar y propio. No ya su padre sino también su abuelo —con sus aciertos y sus errores— han pesado sobre su vida. Siempre fue consciente de que, cuando llegara el momento de asumir su papel, tenía una tarea esencial que cumplir, tan difícil que en ella no había podido triunfar su padre. Sabía, además, que el resultado de ella —la democracia— acabaría por reducir su papel político de manera muy considerable.

La vida del Rey de España ha consistido en un larguísimo rito de iniciación hasta 1975 y luego, en tan sólo unos meses, un complicadísimo encaje de bolillos con un resultado final feliz. En todas estas etapas don Juan Carlos ha testimoniado no sólo

**JAVIER
TUSELL**

«"¿A cuál de los dos le va a salir el tiro por la culata? Dios dirá". Estas palabras, contenidas en un diario inédito de Peinan, resumen el planteamiento de D. Juan respecto a la venida de su hijo, con tan sólo diez años, a España en 1948 para educarse bajo el régimen de Franco.»



simpatía sino, sobre todo, dedicación, paciencia, habilidad, prudencia en lo esencial, una indudable bondad innata y poco deseo de atribuirse méritos en exclusiva. Muy a menudo, además, ha estado solo o poco asistido. Don Juan Carlos, en definitiva, es un buen Rey porque a menudo lo ha tenido que pasar mal.

Un triángulo enigmático. "¿A cuál de los dos le va a salir el tiro por la culata? Dios dirá". Estas palabras, contenidas en un diario inédito de Pemán, resumen el planteamiento de D. Juan respecto a la venida de su hijo, con tan sólo diez años, a España en 1948 para educarse bajo el régimen de Franco. Hoy, tantos años después, parece evidente que los beneficiados por aquella decisión han sido todos los españoles. Sin la presencia del Príncipe en España hubiera sido inconcebible que la Monarquía hubiera jugado un papel tan trascendental en la transición, sin traumas, de la dictadura a la democracia.

Para Franco, de entrada, lo sucedido tenía la ventaja de remitir la sucesión hasta que ese joven Príncipe, cuyo rasgo más patente era la "adoración" por su padre —este preciso término emplean quienes entonces le conocieron— alcanzara los treinta años. La paradoja es que cuanto más se profundiza en las relaciones Franco-don Juan más se percibe que resultaron invariablemente malas pese a temporales apariencias contrarias. La coherencia del segundo se aprecia más en los resultados y con el conocimiento desde dentro de las razones de su conducta que en cada momento concreto de esa relación.

Sólo en torno a 1962-1963, concluida su formación, Franco empezó a someter a serio examen a D. Juan Carlos para su sucesión. Al Príncipe el matrimonio con Doña Sofía le proporcionó mayor seguridad en sí mismo y el consejero más inmediato y frecuente, también en materias políticas. Pero las dificultades que tuvo que sortear fueron muchísimas. Nada más casado, por ejemplo, se encontró con una situación tan compleja como la que sigue: su padre le quería mantener fuera de España a la espera de que se le reconociera un estatus del que carecía y para lograr que no se identificara tanto con el régimen; mientras tanto Franco pensó seriamente en no contar con él en el futuro y acabó enviando un mensaje que consistía en recordar que la Zarzuela estaba vacía y otro podía llenarla. Luego, entre 1965 y 1969, parte de los consejeros de su padre le quisieron empujar a una profesión de fidelidad filial que quitaba cualquier sentido a su presencia en España y cualquier posibilidad real a la Monarquía. Su padre entendió mejor su actitud pero no pudo concebir que Franco ni siquiera le dijera una palabra, con carácter previo, de su decisión de nombrar al hijo como sucesor. Al propio don Juan Carlos se lo comunicó en el último momento y sin poder siquiera mantener una conversación con Estoril. Eso explica el alejamiento

«Sólo en torno a 1962-1963, concluida su formación, Franco empezó a someter a serio examen a D. Juan Carlos para su sucesión. Al Príncipe el matrimonio con Doña Sofía le proporcionó mayor seguridad en sí mismo y el consejero más inmediato y frecuente, también en materias políticas.»



temporal entre padre e hijo en los últimos meses de 1969, luego superado. Si don Juan Carlos no hubiera aceptado la sucesión no habría existido Monarquía; así se lo explicó a su padre con una fórmula lapidaria: "Si yo no, entonces ni tú ni yo". Si él se autodescartaba eso en absoluto aumentaba las posibilidades de su padre.

Es preciso, pues, profundizar en este triángulo de relaciones personales entre don Juan, don Juan Carlos y Franco, uno de los más enigmáticos de la Historia de España. De él hay una evidencia inicial. Don Juan tenía una pésima opinión de Franco, al que juzgaba poca cosa, acoirazado, carente de visión a largo plazo y capaz de utilizar cualquier procedimiento tortuoso contra él, con lo que siempre obtenía la victoria. Franco, por su parte, vio siempre en don Juan el rival más peligroso y de él pensaba que era un ser cambiante cuyo liberalismo de fondo conduciría a España al comunismo. Don Juan Carlos siempre ha dicho que, por descontado, quien más influyó en él fue su padre. Lo esencial que recibió de él fue la idea de que la Monarquía debía ser para todos los españoles y superar la guerra civil. Resulta más difícil de entender, en cambio, la relación Franco-don Juan Carlos. Durante mucho tiempo el primero pensó que el Príncipe hacía demasiado caso a su padre. Con el paso de los años, ya en los sesenta, tuvo con él una relación, según la acertada caracterización de Pemán, de abuelo a nieto, que implicaba afecto sincero y entregado. Sabía que tras su muerte cambiarían muchas cosas —nunca tomó muy en serio al Partido, excepto para apuntalar su propio poder— pero no debió imaginar (y menos aun desear) una España democrática con el PCE legalizado. Quizá la autocomplacencia por sí mismo y su régimen le hizo pensar que don Juan Carlos no seguiría la línea de su padre. En cuanto al Príncipe su única diferencia de juicio con respecto a don Juan se refiere a Franco, de quien no permite que se hable mal en su presencia. Llegó a tener una cierta confianza con él y también afecto; siempre le puso muy por encima de algunos de sus colaboradores. Pero lo que afirma haber aprendido de él —la tranquilidad y la frialdad frente a la presión de los acontecimientos— no es en absoluto un programa sino una actitud, nada desdeñable por otra parte.

Un rey que gobernó. Una pregunta que muchos españoles se han hecho acerca de don Juan Carlos es cuándo se convirtió en demócrata. Está incorrectamente planteada, pero quizá la mejor respuesta es que siempre tuvo una idea clara, aunque genérica, de cómo actuar a la muerte de Franco y disponía de consejeros valiosos y de capacidades suficientes para llevarlo a cabo.

«Es preciso, pues, profundizar en este triángulo de relaciones personales entre don Juan, don Juan Carlos y Franco, uno de los más enigmáticos de la Historia de España.»



El programa era el de su padre, pero el equipo de colaboradores era, en exclusiva, suyo. Si Laureano López Rodó fue fundamental a la hora de que Franco le nombrara sucesor, Fernández Miranda le enseñó a contemplar el espectáculo de la política y le descubrió desde fechas tempranas, que su juramento en julio de 1969 no implicaba someterse a un cuerpo constitucional cerrado. Pero don Juan Carlos tuvo también otros consejeros. Siempre pensó que el protagonismo de la transición debía estar también en personas de su generación que dieran una imagen nueva. Nunca pensó, en realidad, que Areilza fuera Presidente sino un tipo de político como Adolfo Suárez, cuya relación con el Príncipe bordeaba el tú a tú y que no fue, en absoluto, un invento de Fernández Miranda; le había prestado buenos servicios ya como Director de RTVE y, pese a ser un hombre del régimen, tenía plenamente asumida la convicción democrática. Esto nos lleva a la consideración del papel que han desempeñado los consejeros al lado de don Juan Carlos y conviene dejar clara la conclusión de que las decisiones fundamentales de la política española durante el período clave de la transición fueron tomadas por él o con su concurso.

Eso puede parecer contradictorio con su silencio anterior pero éste, que se ejerció de cara al interior y no tanto en el exterior, venía impuesto por las circunstancias. En esos años en los que se convirtió en un personaje clave del régimen no ofreció ante la mirada pública más que una muestra muy superficial de sus capacidades políticas, incluso de la intuición y el don de gentes, tan patentes en él. En ocasiones, para resumir su actitud durante estos años, se han empleado frases que no proporcionan más que una imagen muy pálida de la realidad. No fue sólo ese ejercicio del silencio, como dijo Armero, o el "hacerse el tonto" del que ha hecho mención Carrillo. Fue una operación mucho más complicada que consistía en informarse dentro, conociendo a mucha gente, explicar afuera cuanto iba a venir sin tener planes muy precisos acerca de ello, mantener el silencio pero dejar caer su posición, esperar y oír mucho, moderar posibles declaraciones inoportunas de su padre, andar siempre con pies de plomo y alimentar el rescoldo de las expectativas centradas en su próximo advenimiento, sin por ello provocar recelos en El Pardo.

Pero las cosas cambiaron por completo cuando asumió por segunda vez los poderes de Jefe del Estado. En tan sólo tres semanas tomó las riendas de la situación política de un modo decidido —disponía de la totalidad de los poderes de Franco— y cubrió todos los posibles campos con-flictivos. Con su desplazamiento al Sahara, lanzó un mensaje al Ejército y dio sensación de seguridad y agilidad a los españoles. Envío a un colaborador —Manuel Prado y Colón de Carvajal— a entrevistarse con

«Pero don Juan Carlos tuvo también otros consejeros. Siempre pensó que el protagonismo de la transición debía estar también en personas de su generación que dieran una imagen nueva. Nunca pensó, en realidad, que Areilza fuera Presidente sino un tipo de político como Adolfo Suárez, cuya relación con el Príncipe bordeaba el tú a tú y que no fue, en absoluto, un invento de Fernández Miranda.»



Ceaucescu, para insinuar al PCE su legalización en un futuro, y con Kissinger, para que colaborara en evitar que la marcha verde marroquí degenerara en una catástrofe y tuviera una repercusión desfavorable sobre la política interna española. Paró una dimisión de Arias Navarro, al que decidió sustituir a medio plazo. Informó a su padre de cómo iban las cosas en España y cuál era la posición del Ejército; Don Juan, poco más de una semana después de la muerte de Franco, estaba ya dispuesto a la cesión de sus poderes cuando le viniera mejor a su hijo. Este optó finalmente por colocar a Fernández Miranda en la Presidencia de las Cortes y preparar el camino para Suárez en la del Gobierno.

El papel del Rey como político no concluyó sino con la aprobación de la ley de reforma política y aún se prolongó hasta las elecciones de junio de 1977. Quienes le vieron desde cerca se dieron cuenta de que se crecía ante las dificultades: "Este hombre —cuenta el diario de Areilza— ha envejecido en experiencia, en amargura y escepticismo no sé cuantos años en unos días". A veces, sin embargo, no llegaban a comprender el sentido de su acción. La dimisión de Arias, con quien las relaciones del Rey siempre habían sido malas, fue inducida e incluso escenificada —en el Palacio de Oriente y no en La Zarzuela— por el Rey, pero Areilza no entendió su desenlace. Garrigues sí y lo refleja en sus memorias de la forma adecuada, partiendo del previo error cometido: no conocían a Suárez, pero sobre todo "no habíamos calado a fondo el grado de determinación y de decisión operativa de Don Juan Carlos". Y no quedó tan sólo en la promoción de Suárez el papel desempeñado por el Rey. En cada suceso político de aquellos meses desempeñó un papel quizá cambiante pero siempre esencial: tuvo iniciativas personales, como la renuncia al privilegio de presentación de obispos, actuó con éxito de cara al exterior y, a menudo, se limitó a crear el clima adecuado, como cuando llegó a Madrid Tarradellas.

La reválida de la Monarquía. Llama la atención que después de estos meses fulgurantes hasta mediados de 1977 el papel del Rey pareció no mantenerse tan en el primer plano sino adquirir una nueva dimensión. En los meses anteriores había gobernado pero ahora se limitó a reinar, aunque sin duda estuvo no sólo muy cerca de todas las decisiones que se tomaron sino que las esenciales fueron tomadas teniéndole en cuenta. Este mismo hecho de su desaparición del primer plano de la política diaria resultaba indicativo de lo que no tardaría en plasmarse en una Constitución. En efecto, ésta instauró una Monarquía parlamentaria pero el Rey actuó de un modo congruente con ella antes siquiera de que se convirtiera en realidad. No adoptó ninguna postura sobre medidas de política práctica distintas de las que tenían como objetivo convertir a los españoles en dueños de su destino: los ministros que le preguntaban se encontraban con su

«El papel del Rey como político no concluyó sino con la aprobación de la ley de reforma política y aún se prolongó hasta las elecciones de junio de 1977. Quienes le vieron desde cerca se dieron cuenta de que se crecía ante las dificultades: "Este hombre —cuenta el diario de Areilza— ha envejecido en experiencia, en amargura y escepticismo no sé cuantos años en unos días".»



tenaz negativa a dar cualquier consejo. Ese rasgo le convierte en tan excepcional como su modo de convertirse en Rey.

En el momento mismo de la elaboración de la Constitución don Juan Carlos evitó por completo hacer una indicación sobre su contenido, incluso en aquellas materias que le afectaban. Es muy posible que hubiera tenido sentido la existencia de un Consejo de la Corona o el mantenimiento de senadores de nombramiento real (el Rey pensó en nombrar a Aleixandre, de haber sido posible). Sin embargo la propia narración de este intento que hace López Rodó en sus memorias no sólo testimonia que fue iniciativa exclusiva suya sino que el Rey permaneció pasivo ante ella. Fraga, al decir que ese Consejo debía ser lo contrario a una "camarilla", daba el mejor argumento indirecto para que no fuera aprobado.

El mero ejercicio de la Jefatura del Estado por el Rey supuso algo tan decisivo para el proceso de transición como que no quebrara la legitimidad. En su persona se solaparon la de sucesor de Franco pero también la de heredero de la línea dinástica, con el beneficio de identificarse con la actitud de oposición mantenida por su padre, pero siempre supo que la única auténtica legitimidad iba a nacer de cuanto hiciera para conseguir que los españoles se convirtieran en dueños de su destino. La democracia se identificó finalmente con la Monarquía y del resto sólo quedó un valor residual hasta desvanecerse por completo.

La Monarquía tuvo también otra función que podría definirse como servir de escudo protector de todo el proceso de transición. Don Juan Carlos hizo valer sus contactos militares para conseguir del Ejército una actitud disciplinada y respetuosa ante la voluntad popular durante todo el proceso abierto con la muerte de Franco. Ahora que han pasado ya veinte años se puede reconocer lo que durante entonces se admitió con más dificultad: no eran unos pocos generales los dispuestos a evitar que se llegara a la democracia sino que esa actitud estaba bastante más extendida. Don Juan Carlos disponía, por tanto, de tan sólo tres años para cumplir con esa tarea histórica. En ese período los ascensos hasta ocupar la cúpula militar les corresponderían todavía a personas identificadas con el pasado mientras la joven oficialidad podía seguir una vía revolucionaria semejante a la portuguesa. Las dificultades, por tanto, fueron mucho mayores de las que se ha solido decir. También resultaron mucho más tempranas: hubo peligro en 1976 de que la libertad fuera segada cuando todavía no había hecho más que empezar a germinar, tal como lo prueban las memorias de Fernández de la Mora.

«El mero ejercicio de la Jefatura del Estado por el Rey supuso algo tan decisivo para el proceso de transición como que no quebrara la legitimidad.»

En 1981, en cambio, era ya demasiado tarde para los involucionistas y cabe pensar que, incluso si estos hubieran vencido, su triunfo no habría pasado de efímero. No es necesario desmenuzar el 23-F para descubrir el papel decisivo que en el fracaso de la intentona le correspondió al Rey. En cambio sí conviene indicar que, aunque a casi todos los extranjeros y a muchos españoles —principalmente en las filas de la izquierda— les pareció que en ese día había tenido lugar una revelación del Rey, en realidad aquellas horas fueron una consecuencia de toda su trayectoria anterior.

Más que examinar con detenimiento el intento de golpe de Estado es preciso tener muy en cuenta algún aspecto de la acción del Rey para detenerlo. En primer lugar, antes de la intentona, Don Juan Carlos no hizo otra cosa que oír a Armada ni empujó a Suárez a la dimisión (este último informó con carácter previo a Fernández Campo para que se viera que era una decisión suya y no inducida). Tampoco el Rey dio órdenes a las autoridades civiles, ni las sustituyó por las militares sino que se mantuvo en su estricto papel constitucional. Para los parlamentarios, como ha escrito Calvo Sotelo, el golpe consistió en 3 minutos dramáticos y 17 horas grotescas, pero para el Rey y los suyos todo ese tiempo tuvo el mismo patetismo. Don Juan Carlos vio reproducido ante él el dilema de su abuelo en 1923 o el de su cuñado Constantino como rey de Grecia y le dio una respuesta por completo distinta. Luego contó a Carrillo que no sólo había tenido que hablar con generales sino también con coroneles para inducirles a la disciplina. Conviene recordar también las palabras que dirigió a las fuerzas políticas tras el fracaso del golpe: no fue sólo un llamamiento a la responsabilidad sino también un recuerdo de que la Monarquía podía no ser capaz de aguantar un nuevo embate semejante. No vienen mal, en fin, recordar que al golpe le sucedió el intento de la extrema derecha de involucrarle en él; Fernández Campo jugó entonces un papel decisivo para evitarlo. Concluido el juicio del 23-F la Monarquía había llegado a su reválida definitiva. La transición la hizo el pueblo español, pero sin ella —como sin la moderación de la oposición o el reformismo desde el sistema— todo hubiera sido distinto y mucho más complicado.

En la normalidad democrática: presente en la ausencia. Bien puede decirse que al final de la transición se llegó con la victoria del PSOE en 1982, quizá porque este hecho probaba que la democracia era irreversible. Para D. Juan Carlos este acontecimiento fue también un suceso biográfico fundamental en cuanto que testimoniaba que él había sido capaz de contribuir a la llegada de un sistema político que, a diferencia de la época de Alfonso XIII, integraba al socialismo. Todo hace pensar que la relación entre el nuevo Presidente y el monarca ha

«La Monarquía tuvo también otra función que podría definirse como servir de escudo protector de todo el proceso de transición. Don Juan Carlos hizo valer sus contactos militares para conseguir del Ejército una actitud disciplinada y respetuosa ante la voluntad popular durante todo el proceso abierto con la muerte de Franco.»

sido cordial, estrecha y confiada aunque no tuviera el grado de intimidad que en un primer tiempo tuvo con Adolfo Suárez. González, cuando fue tempranamente sondeado acerca de la Monarquía, respondió que su modelo era el de Suecia.

Tal como el propio Rey previo, las siguientes conspiraciones de extrema derecha, como la del verano de 1985, partieron del atentado contra su persona, en significativa coincidencia con el intento de ETA diez años después. Pero, aunque Don Juan Carlos siempre podría repetir cuanto hizo el 23-F, afortunadamente algo parecido está muy lejos de poder repetirse. Ha ejercido, por tanto, su papel constitucional de reinar sin gobernar aunque lo ha hecho también desde el pedestal que le ha dado una autoridad moral muy superior a la que pueda tener cualquier monarca europeo, incluso entre sectores inesperados como son los intelectuales.

De acuerdo con la Constitución, al Rey no le corresponden otras funciones que las representativas y simbólicas: no puede devolver ningún proyecto de ley, ni negar la confianza a nadie. Cuando se le ha planteado un contencioso, como el ocurrido entre el Tribunal Constitucional y el Supremo, no ha habido respuesta por su parte y tampoco ha dirigido mensajes al Parlamento, posibilidad que ni siquiera se menciona en nuestro texto fundamental. Sus intervenciones públicas solemnes responden a dos citas anuales—las fiestas navideñas y la Pascua militar— y son objeto de un intercambio previo de puntos de vista con el gobierno. Su poder efectivo se limita al nombramiento y relevo de los miembros de su Casa militar y civil y a la distribución de la cantidad asignada a ella en el Presupuesto. Siempre esta estructura burocrática ha sido mínima, sólo recientemente ha perdido un componente primordialmente militar y, sin duda, pese a la devoción y altura de quienes la desempeñan, no resulta en nada equivalente a un Consejo del Rey. Don Juan Carlos tuvo su propia política exterior cuando tenía que explicar lo que iba a hacer o estaba haciendo en plena transición, pero ahora ya ha desaparecido esa necesidad.

Y, sin embargo, esta aparente ausencia no oculta una presencia muy efectiva a poco que se repare. Al Rey le corresponde arbitrar y moderar el funcionamiento de las instituciones y eso equivale no sólo a llamarlas a la dignidad, la elevación y la serenidad en el cumplimiento de sus responsabilidades sino también a la posibilidad de consenso entre quienes las desempeñan: a título de ejemplo no parece que se pueda dudar que el Rey ha tratado de mejorar las relaciones entre el Presidente del Gobierno y el líder de la oposición actuales. Don Juan Carlos en alguna ocasión ha descubierto que existe un tercer camino entre no decir nada y decir lo que no se debe, que es dejar caer lo que conviene

«Más que examinar con detenimiento el intento de golpe de Estado es preciso tener muy en cuenta algún aspecto de la acción del Rey para detenerlo. Don Juan Carlos vio reproducido ante él el dilema de su abuelo en 1923 o el de su cuñado Constantino como rey de Grecia y le dio una respuesta por completo distinta.»



(recuérdese su alusión a la corrupción, hace algunos años). Su papel en política exterior sigue siendo muy relevante merced al prestigio previo conseguido y en cuanto a las iniciativas sociales o culturales quizá incluso sea creciente, aunque no siempre aparezca. Sigue cumpliendo con esa obligación, tan característica de su profesión, que se impuso ya cuando Príncipe: recibir y oír a muchas personas. Miguel Herrero recordó hace algún tiempo aquella frase de Cánovas para quien la Monarquía no podía estar tan alto que "se perdiera entre las nubes". No parece existir ese peligro y además esta afirmación vale para el presente y para el futuro. Don Juan Carlos ha dedicado gran parte de su tiempo a la formación de su primogénito de la que asegura, con *razón*, que es mejor que la que él mismo recibió.

Cuando se evalúa un personaje histórico en vida, cualquier historiador siente una profunda incomodidad, en especial si se trata de un Jefe de Estado. Lo más objetivo, sin embargo, consiste en recordar que el Rey ha estado a la altura de unas circunstancias muy complicadas en que la vida le ha colocado. A comienzos de siglo José Canalejas, el político liberal señaló como objetivo la "nacionalización" de la Monarquía, algo que se conseguiría cuando ésta estuviera identificada con la democracia y cuando "fuera de ella no quedara ninguna energía inútil". Hoy, en tiempos del nieto de quien era rey entonces, podemos decir que ese objetivo se ha cumplido. Por eso, quizá, se ha superado ya ese estadio del "juancarlismo" debido a que el propio Rey ha demostrado con creces el valor de la Monarquía.

El Rey ha sido criticado a veces y eso mismo, por supuesto, es posible porque existe una Constitución que él contribuyó a traer. Importa mucho que las críticas, cuando se produzcan, tengan justificación (y a menudo no ha sido ése el caso). Pero, sobre todo, hay que recordar también la Constitución cuando aparecen libros en que, muy gratuitamente y sin ninguna documentación que lo pruebe, se atribuyen influencias o intervenciones desmesuradas y erróneas a supuestos confidentes y asesores. El Rey ya fue un gran manipulado antes de la transición cuando su discreción era presentada como ignorancia y su autodisciplina como ductilidad. Ahora, más todavía que entonces, está desarmado ante ese género de especulaciones porque la propia Constitución le deja radicalmente indefenso ante ellas. Conviene, pues, tenerlo en cuenta y medir la veracidad de aquellas por su propia coherencia interna.

«Sus intervenciones públicas solemnes responden a dos citas anuales —las fiestas navideñas y la Pascua militar— y son objeto de un intercambio previo de puntos de vista con el gobierno. Su poder efectivo se limita al nombramiento y relevo de los miembros de su Casa militar y civil y a la distribución de la cantidad asignada a ella en el Presupuesto.»

